

Más allá de Paraparapara

Rhys Hughes



Os preguntaráis cómo el país llamado Paraparapara llegó a ser independiente cuando en un principio no era más que una región periférica de la nación llamada Parapara. Parapara ya era de por sí famosa por lo remoto de su ubicación; lo extremadamente difícil que resultaba llegar hasta ella, ya fuese por tierra o mar, y los numerosos peligros con los que podías tropezarte en el viaje: tormentas, piratas, bandidos y virulentos rumores.

Pero lo cierto es que, antaño, la propia Parapara era parte de un país llamado Para, antes de que decidiera tirar por su lado; de manera que había un precedente, aunque la historia parezca haber olvidado este hecho.

Los habitantes de Parapara, que a la sazón no era más que una recóndita península, vivían desperdigados por bosques y valles profundos, concentrados en pequeñas agrupaciones en pueblos costeros o apiñados en grutas en laderas de montañas; de resultas de lo cual era un pueblo tenaz, que no sentía ninguna vinculación especial ni hacia la nación dominante de Para ni hacia las costumbres de esta.

Ellos ya consideraban que vivían en un país separado, aunque los obstáculos logísticos del proceso requerido para oficializar su independencia los habían disuadido de intentar lograr el reconocimiento internacional de dicho régimen. Esta situación se prolongó muchos años, hasta que el gobierno de Para decidió subir una vez más los impuestos, y en una cuantía que iba más allá de lo que el pueblo de Parapara estaba dispuesto a tolerar.

Los acontecimientos se sucedieron a gran velocidad y pillaron totalmente por sorpresa al gobierno de Para, que fue incapaz de reaccionar ante la posterior evolución de los acontecimientos. Los habitantes de Parapara se movilizaron y actuaron con eficacia implacable, fatalista e incuestionable. Con paciencia despiadada llevaron a cabo todos los trámites necesarios para garantizar su independencia, forjando alianzas con potencias extranjeras y convenciéndolas de que reconocieran su condición jurídica en contra de los deseos de Para, sin desmayar ante los tremendos esfuerzos requeridos.

Y así nació un nuevo país, y sus ciudadanos retomaron sus antiguas tradiciones, el sencillo estilo de vida que siempre habían llevado, porque al fin y al cabo no deseaban vivir de otra manera. Tan solo querían que se les dejara en paz y libres de impuestos para así poder disfrutar, si esa es la palabra adecuada, sus libertades primordiales.

Pero con el transcurrir del tiempo, los habitantes del extremo norte del país, una pequeña península que sobresalía de la península principal adentrándose en el gélido mar, dieron en pensar que a ellos también podía resultarles beneficioso independizarse. Esta idea no se fundamentaba en apremiantes motivaciones políticas o económicas. Tan solo se habían dado cuenta de que la secesión de Para había enorgullecido a Parapara, y ellos querían sentir un orgullo todavía mayor.

Y de ahí que se iniciase la campaña para añadir Paraparapara a la lista de países independientes sobre la

superficie del globo; campaña que a la postre culminó con éxito, aunque no sin que antes hubiesen transcurrido muchos años.

No es este el lugar para analizar los escollos burocráticos que tuvieron que salvar. Pero sí diremos que se cuenta que justo la noche en la que se declaró formalmente la independencia, los habitantes más supersticiosos acudieron a lugares por los que iba a pasar la nueva frontera llevando consigo todos los objetos que no conseguían abrir: arcones cerrados cuya llave se había perdido, pesadas piedras con vetas de minerales preciosos en su interior, hogazas de pan y pasteles demasiado duros para cualquier cuchillo...

Porque creían que, al dar la medianoche, la nueva frontera cobraría presencia material, que de súbito aparecería una especie de garrote, de hilo de alambre que rebanaría cualquier cosa que encontrara en su camino, aun manteniéndose invisible. Hasta hombres con extremidades gangrenadas fueron dejados a caballo entre ambos lados de esa frontera. Y esperaron vigilantes la aparición de la abstracción.

Paralelas a una frontera pueden extenderse zonas de exclusión que parecen tener una cierta relevancia política, pero la frontera en sí es infinitamente delgada y sumamente cortante y, por lo tanto, capaz de escindir cualquier cosa; si bien pudiese ocurrir que el corte realizado por una línea infinitamente delgada no llegase a

ser capaz de dividir los objetos, habida cuenta de que la anchura de la separación consecuente sería cero.

El momento de la independencia llegó y quedó atrás, y la gente volvió a casa, algunos curiosamente satisfechos, la mayoría no; aunque en la actualidad no está claro si algo de todo esto sucedió en verdad, y el asunto podría no llegar a aclararse jamás.

El consiguiente orgullo de Paraparapara fue mayor y más intenso que cualquier orgullo experimentado en el pasado por los patriotas de cualquier otro territorio. Tan exquisita era esta sensación de orgullo, manifestada en permanentes sonrisas beatíficas en los rostros curtidos, que los habitantes de las zonas de Parapara contiguas a Paraparapara sintieron envidia.

«¡Nosotros también queremos formar parte de un país así de feliz!», clamaban, y se convencieron de que tenían más en común con sus vecinos septentrionales que con el gobierno de Parapara de los confines sureños.

Así que lucharon por abandonar la jurisdicción de Parapara e integrarse en Paraparapara, y tras un plebiscito por fin se les permitió separarse de la patria y unirse a esa otra nación más joven. De suerte que Paraparapara creció a expensas de Parapara, y la imagen que ofreció al mundo fue la de país moderno y progresista, de esos en los que a todos nos gusta imaginarnos viviendo al menos una temporadita. Por su parte, Parapara daba la sensación de haber entrado en una fase de declive terminal, de ser un ente pasado de moda, retrógrado y oscuro.

De ahí que las regiones de Parapara que ahora colindaban con el territorio de esta Paraparapara expandida no tardaran a su vez en querer separarse y unirse al país más joven, como así hicieron, lo que sirvió de estímulo a las situadas al sur de ellas, que las imitaron, de forma que el efecto dominó se fue acelerando hasta no quedar nada de Parapara que no se hubiese incorporado a Paraparapara.

Pero el proceso ni siquiera se interrumpió alcanzada esta fase, porque zonas de la mucho más extensa Para también se habían contagiado del deseo de escindirse para ser aceptadas por su vecino norteño. La frontera se desplazó hacia el sur, moviéndose no como una ola sino a saltos, hasta que se topó con el mar y no pudo ir más allá.

Así es como Para llegó al final de su existencia, como Parapara llegó asimismo al final de la suya propia, y como todo terminó perteneciendo íntegramente a Paraparapara, tan íntegramente que en realidad nada había cambiado lo más mínimo en esa masa continental —la masa continental que en el pasado albergara tres países distintos— salvo el nombre del conjunto.

Paraparapara se había convertido en aquello de lo que se había esforzado por liberarse, es decir, Parapara, que a su vez ya no estaba libre del yugo de Para, el país del cual había luchado tan duramente por escapar. Dinero, sudor y lágrimas; sueños, ilusiones y discursos, todo había sido en vano; o, si no en vano, solo para propiciar una tediosa transformación circular que había devuelto algo a su estado original. Nadie se quejó, empero.

La gente en general no pareció reparar en que estábamos ante el colmo de la ironía. Yo era el único al que, al parecer, el proceso había afectado profundamente, hasta el punto de pasar la mayor parte de mis horas de vigilia cavilando sobre el mismo.

Entonces se me ocurrió una idea. Yo ya vivía en el asentamiento más septentrional de todo el continente, en una cabaña de piedra en la mismísima punta de una península que sobresalía de una península que sobresalía de una península, así que un día decidí declarar la independencia, pero tan solo para mí mismo. Quienes se independizaban eran tan solo mi cuerpo, mi personalidad y mi nombre.

Y con el tiempo mi declaración de independencia fue reconocida por todas las potencias extranjeras pertinentes y aceptada a regañadientes por el gobierno de Paraparapara, y yo disfruté encantado de mi condición de país más joven del globo, libre por fin de todas esas presiones que de manera irremisible recaen sobre los ciudadanos de las naciones convencionales; aunque mi idilio fue decepcionantemente breve, porque se volvió a repetir la historia, una historia que yo fui incapaz de impedir, una historia cuyo final acabé por disfrutar: el desafío y deleite del narcisista por excelencia.

El territorio de Paraparapara en su totalidad, primero a pellizcos y luego a enormes pedazos, se fue escindiendo y convirtiéndose en parte de mí.

Cuando el proceso alcanzó su punto final, nada de nada había cambiado. Yo continué viviendo en mi casa, en el mismísimo confín de mí mismo, un punto focal localizado en la circunferencia de un gran sinsentido, y aquí es donde continúo residiendo, un apéndice del grueso de mi propia masa, insignificante y fundamental al mismo tiempo.

Copyright © 2014 Rhys Hughes

Traducido del inglés por Marcheto

<http://cuentosparaalgernon.wordpress.com/>